



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 25 de junio de 2003

Pablo VI, padre y maestro

1. El pasaje joánico que acabamos de escuchar nos ha propuesto nuevamente una sugestiva escena evangélica. El Hijo de Dios encomienda a Pedro su grey, su Iglesia, contra la cual ya había asegurado precedentemente que las puertas del infierno no prevalecerían (cf. *Mt* 16, 17-18). Jesús antepone a esta consigna una petición de amor: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" (*Jn* 21, 15). Pregunta inquietante que, repetida tres veces, remite a la triple negación del Apóstol. Pero este, a pesar de su amarga experiencia, protesta humildemente: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero" (*Jn* 21, 17).

El amor es el secreto de la misión de Pedro. El amor es el secreto también de los que están llamados a imitar al buen Pastor en la guía del pueblo de Dios. "*Officium amoris pascere dominicum gregem*", "Tarea de amor es apacentar la grey del Señor", solía decir Pablo VI, haciendo suya una conocida expresión de san Agustín.

2. "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?". ¿Cuántas veces habrá oído resonar en su corazón estas palabras de Jesús mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI, a quien recordamos hoy? Han pasado cuarenta años desde su elección a la Cátedra de Pedro, el 21 de junio de 1963, y veinticinco desde su muerte, el 6 de agosto de 1978. Desde su juventud había trabajado al servicio directo de la Sede apostólica, junto a *Pío XI*. Durante largo tiempo fue uno de los colaboradores más fieles y valiosos de *Pío XII*. Fue el sucesor inmediato del beato *Juan XXIII*, a quien tuve la alegría de elevar al honor de los altares hace tres años. Su ministerio de Pastor universal de la Iglesia duró quince años y se caracterizó, sobre todo, por el concilio Vaticano II y por una gran apertura a las exigencias de la época moderna.

También yo tuve la gracia de participar en los trabajos conciliares y vivir el período del posconcilio. Pude apreciar personalmente el empeño que Pablo VI puso siempre con vistas a la necesaria actualización de la Iglesia a las exigencias de la nueva evangelización. Al sucederle en la Cátedra de Pedro, me he esforzado por proseguir la acción pastoral que había iniciado, inspirándome en él como en un *padre y maestro*.

3. Pablo VI, apóstol fuerte y amable, amó a la Iglesia y trabajó por su unidad y por intensificar su acción misionera. Desde esta perspectiva, se comprende plenamente *la iniciativa innovadora de los viajes apostólicos*, que constituye hoy una parte integrante del ministerio del Sucesor de Pedro.

Quería que la comunidad eclesial se abriera al mundo, pero sin ceder al espíritu del mundo. Con prudente sabiduría supo resistir a la tentación de "adaptarse" a la mentalidad moderna, afrontando con fortaleza evangélica dificultades e incomprendiones, y en algunos casos también hostilidades. Incluso en los momentos más difíciles nunca le faltó al pueblo de Dios su palabra iluminadora. Al final de sus días, el mundo entero pareció redescubrir su grandeza y se estrechó a él en un abrazo de afecto.

4. Su magisterio es rico y, en gran parte, está orientado a educar a los creyentes en el *sentido de Iglesia*.

Entre sus numerosas intervenciones, me limito a recordar, además de la encíclica *Ecclesiam suam*, publicada al inicio de su pontificado, su conmovedora profesión de fe, conocida como el *Credo del pueblo de Dios*, que pronunció con vigor en la plaza de San Pedro el 30 de junio de 1968. ¡Cómo no mencionar, asimismo, sus valientes tomas de posición en defensa de la vida humana con la encíclica *Humanae vitae*, y a favor de los pueblos en vías de desarrollo con la encíclica *Populorum progressio*, para construir una sociedad más justa y solidaria!

Están también sus reflexiones personales, que solía apuntar durante los retiros espirituales, cuando se "retiraba" consigo mismo, como "en la celda del corazón". Meditaba a menudo sobre el lugar al que Dios lo había llamado al servicio de la Iglesia "siempre amada", con el espíritu de la vocación de Pedro. "Nadie podría entregarse más que yo a esta meditación -anotó durante uno de esos retiros-..., a comprenderla, a vivirla. Señor, ¡qué realidad!, ¡qué misterio!... Es una aventura en la que todo depende de Cristo" (Retiro del 5 al 13 de agosto de 1963, *Meditazioni inedite*, Ed. *Stodium*).

5. Amadísimos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios por el don de este Pontífice, guía firme y sabio de la Iglesia. En su homilía del 29 de junio de 1978, poco más de un mes antes de la conclusión de su activa existencia terrena, Pablo VI decía: "Ante los peligros que hemos delineado (...), nos sentimos impulsados, a acudir a Cristo como única salvación y a gritar: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68). Sólo él es la verdad, sólo

él es nuestra fuerza, sólo él es nuestra salvación. Confortados por él, proseguiremos juntos nuestro camino" (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de julio de 1978, p. 12).

A la luz de la meta eterna, comprendemos mejor cuán urgente es amar a Cristo y servir a su Iglesia con alegría. Nos obtenga esta gracia María, a quien Pablo VI, con amor filial, quiso proclamar Madre de la Iglesia. Sea precisamente ella, la Virgen, quien estreche entre sus brazos a ese devoto hijo suyo en la bienaventuranza eterna reservada a los servidores fieles del Evangelio.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de España y América Latina, especialmente a los de las parroquias de San Francisco de la Vega y de La Nou; a la Asociación de disminuidos físicos de Aragón; y a los de la arquidiócesis de Durango (México). Que el Señor, por la maternal intercesión de María, Madre de la Iglesia, nos conceda la gracia de comprender la urgencia de amar a Cristo y servir con gozo a su Iglesia.

* * *

El domingo pasado la divina Providencia me concedió realizar un nuevo viaje apostólico a Bosnia y Herzegovina, a la ciudad de Banja Luka, seis años después de la visita pastoral a Sarajevo. Fue un viaje breve, pero intenso y lleno de esperanza para aquel país tan probado por recientes conflictos.

Renuevo mi cordial agradecimiento a todos los que me acogieron, a los obispos y a las autoridades, a los responsables políticos del país y a los miembros del Consejo interreligioso, con quienes me reuní, constatando con agrado su disponibilidad al diálogo. Percibí en todos la voluntad de superar las dolorosas experiencias del pasado para construir, en la verdad y en el perdón recíproco, una sociedad digna del hombre y agradable a Dios.

El momento cumbre de la peregrinación fue la solemne liturgia eucarística con la beatificación de Iván Merz, al que propuse como ejemplo a los católicos, y especialmente a los jóvenes, de esa tierra. Pidamos al Señor, por su intercesión, que este viaje apostólico produzca los frutos esperados para la Iglesia y para toda la población de Bosnia y Herzegovina. Suplico a Dios que esos pueblos, sostenidos también por la comunidad internacional, sean capaces de resolver los complejos problemas aún pendientes, y puedan realizar la legítima aspiración de vivir en paz y formar parte de la Europa unida.
